

NEGOCIACIONES DE PAZ. LA REVOLUCIÓN TRANSIGE

Mientras tanto las negociaciones de paz continúan hasta que el 21 de mayo de 1911 se pacta el Convenio de Ciudad Juárez en los términos siguientes:

... Considerando:

Primero: Que el señor general Porfirio Díaz ha manifestado su resolución de renunciar la Presidencia de la República antes de que termine el mes en curso;

Segundo: Que se tienen noticias fidedignas de que el señor Ramón Corral renunciará igualmente la Vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo;

Tercero: Que por ministerio de la Ley el señor licenciado don Francisco L. de la Barra, actual secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor general Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución;

Cuarto: Que el nuevo Gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad para satisfacerlas en cada estado dentro del orden constitucional y acordará lo conducente a las indemnizaciones de los perjuicios causados directamente por la Revolución.

Las dos partes representadas en esta conferencia, por las anteriores consideraciones, han acordado formalizar el presente

Convenio

Unico: Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del general Díaz y las de la Revolución, debiendo éstas ser licen-

ciadas a medida que en cada estado se vayan dando los pasos necesarios para establecer y garantizar la tranquilidad y el orden públicos.

Como se ve, el pacto de Ciudad Juárez no sólo paralizó toda acción revolucionaria en la República, sino que no logró de inmediato, como lo esperaba todo el pueblo mexicano, la renuncia del general Díaz, sino que conformóse con la manifestación que éste hiciera de "renunciar la Presidencia de la República, antes de que termine el mes en curso", promesa que no satisfizo a la opinión pública, sobre todo en la capital, donde se exitaron los ánimos hasta un grado delirante.

El día 24, la prensa capitalina aseguró que en la sesión vespertina de la Cámara de Diputados se daría cuenta con las renunciaciones ofrecidas de Díaz y Corral; y como no se presentaron, la multitud enardecida pidió a gritos, fuera del recinto parlamentario y después en manifestaciones cada vez más y más agresivas, la ansiada dimisión. Una masa popular como de 20,000 almas cantando el Himno Nacional penetró por la avenida del 5 de Mayo y San Francisco —hoy Madero— hasta el Zócalo, con pretensiones de invadir el Palacio Nacional.

Entonces sobrevino la catástrofe: las fuerzas federales dispararon sobre la muchedumbre, haciendo multitud de muertos y heridos. El hecho trágico llevó al espíritu público al paroxismo, siendo entonces cuando exigió, con apremios terribles, la renuncia del general Díaz, que al fin fue presentada, después de la hecatombe que el propio dictador pudo haber evitado con sólo adelantar unas horas su prometida dimisión. Esta fue presentada el día 25 y aceptada *incontinenti*, quedando así como Presidente interino, según lo pactado, el licenciado don Francisco León de la Barra.

Con estos antecedentes la crítica histórica no puede considerar como un acierto la actitud del señor Madero. Los pactos de Ciudad Juárez fueron una seria equivocación realizada con el más eminente patriotismo pero con la más absoluta falta de sentido político.

La Revolución estaba en vías de triunfo y el apóstol la deca-pitó por haber hecho la paz en la forma en que la hizo, entregando el gobierno del país, no a los revolucionarios sino a elementos mixtos, revolucionarios y amigos de la dictadura, y por haber licenciado al Ejército Libertador que era el alma y sostén de la re-

volución misma, entregando la administración pública y su persona en brazos del Ejército Federal, cuyo jefe lo traicionó.

Con la rápida reseña que hemos hecho sobre la efervescencia insurgente en toda la República, reseña que aunque esquemática e incompleta da una idea de la fuerza incontenible del pueblo en armas, se comprenderá fácilmente que, de no haber surgido la transacción político militar del 26 de mayo, la insurgencia habría arrojado al régimen porfirista como una fuerza de la naturaleza. Y entonces el Presidente Madero no habría estado sostenido por los mismos soldados porfiristas que lo combatieron como enemigo, sino por sus propios correligionarios, los que se levantaron en armas al conjuro de sus prédicas; los que lo querían como jefe, lo respetaban como caudillo y lo admiraban como su salvador.

Pero desgraciadamente no fué así. Los componentes de las muy numerosas huestes insurgentes tuvieron no sólo que deponer las armas, sino que entregarlas a cambio de pequeñas sumas que no los dejaron satisfechos, quedando, por otra parte, humillados y en el fondo descontentos.

Por lo expuesto nos explicamos cuán certera fue la oposición de don Venustiano Carranza a los convenios transaccionales de Ciudad Juárez. Como es justo conocer el episodio respectivo, lo tomamos íntegro del interesante libro del general Francisco L. Urquiza titulado *Carranza*: